

Jack: Death Reaper

Dai Ichiro

DAI ICHIRO

JACK:
DEATH
REAPER



Capítulo 1

Capítulo 1

El precio a pagar

Hola. Un placer y un gusto en que leas esta historia.

Espero que sea de tu agrado :)

El despertador sonaba atareado, y como cada mañana, la luz del sol ya entraba por las ventanas de una modesta casa. Al interior de uno de los cuartos, varias prendas salían volando por el aire a gran velocidad, mientras un joven de oscuro cabello se cambiaba de ropa frente al espejo.

—¡No puede ser, no puede ser! ¡Es muy tarde para la escuela!

Eran las nueve de la mañana, y dentro del cuarto de Jack, se escuchaban vigorosas pisadas, como si un feroz animal estuviera a punto de salir.

—Listo, parece que ya está todo guardado, pero... ¿por qué siento que estoy olvidando algo?

De pronto, el joven abrió sus ojos, sorprendido, al recordar el último detalle que le faltaba

—¡Layla! —exclamó Jack, tomando su mochila, y saliendo del cuarto apresuradamente. Sin percatarse que olvidaba otra cosa sobre la cama.

Cerca de la casa de Jack, los coches pasaban por la avenida frente a la parada del camión donde una chica de cabello castaño claro y chamarra blanca, empezaba a impacientarse. Al parecer, ya tenía tiempo esperando, y su paciencia parecía disminuir con el transitar de los coches.

—¡Layla! —exclamó Jack, saludando a la distancia.

—¡Llegas tarde, Jack! ¿Dónde andabas? —le reclamó su amiga, agitando sus manos al aire—. ¡El último camión salió hace 15 minutos y si no

corremos ahora, no llegaremos a tiempo para la escuela!

—¡Lo sé, lo sé! Por eso es mejor irnos ya —y sin detenerse, Jack pasó corriendo frente a su amiga, y la sujetó por la mano para que ambos empezaran a correr juntos.

El instituto quedaba a un poco retirado, y durante el camino, Dante y Layla daban sus últimos alientos para llegar a tiempo, y justo cuando el timbre de la entrada sonó, los dos jóvenes dieron un gran salto al interior del instituto, viéndose como la reja automática se cerraba por atrás de ellos. Por fin, la agotadora carrera había terminado.

—¡Uff! Estuvo cerca —exhaló Jack, con alivio, dejando caer su cabeza sobre el suelo.

—Y que lo digas —quejó Layla, soltando un ahogado suspiro—. Por favor, dime que no volverá a suceder.

—No lo sé. Te mentiría si te dijera que no, y mira que....

En ese momento, Jack quedó en silencio, percatándose de la incómoda posición en la que ambos habían caído. Layla se encontraba encima de él, y la mano de Jack estaba sobre la cintura de su amiga.

De inmediato, un notorio rubor no tardó en aparecer en las mejillas de ambos jóvenes, volviendo la escena algo comprometedor. Pero, antes de que alguno de los dos pudiera decir algo, una voz gritó desde el segundo piso.

—¡Oigan, fracasados! ¿Qué acaso escucharon el despertador? ¿O de nuevo se quedaron dormidos? —Interrumpió uno de sus compañeros de clase, gritando desde la ventana del segundo piso, acompañado de otras alumnas junto a él.

—¡Cállate, Gunter! —quejaron Jack y Layla.

Los dos jóvenes se levantaron como si nada hubiera pasado. Sin percatarse de que sus mejillas aún permanecían coloradas.

—Lo mejor será ir al salón de una vez. La maestra podría regañarnos —comentó Layla, tratando de controlar sus nervios, a la vez que terminaba de sacudirse el polvo.

—Estoy de acuerdo —aceptó Jack, haciendo lo mismo—. Gracias por haberme esperado.

—Descuida. Siempre te esperaré —le respondió Layla, con una cálida

sonrisa, demostrando la gran confianza y aprecio que ella sentía por Jack.

Las clases comenzaron con normalidad, y cerca de las dos de la tarde, la campana del receso timbró, haciendo que todos los alumnos del salón respiraran aliviados. La clase de Historia había terminado. No obstante, el alivio de los alumnos duró poco, ya que la maestra dejó de su conocido ensayo semanal. Dentro del salón, sólo se escucharon quejidos y alaridos por parte de los alumnos.

—¡No puede ser! Pensé que la maestra no dejaría tarea el día de hoy —quejó Jack, recostándose sobre su pupitre, consternado por la idea de hacer un ensayo tan extenso.

—Y eso que aún falta la clase de tenis. Por favor, dime que sí trajiste tus cosas —comentó Layla, acercándose a la banca de su amigo.

—¿Cosas? ¿Cuáles co...sas?

La única expresión que Jack recibió de Layla fue un levantamiento abrupto de ceja, en compañía de un seco silencio.

—No puede ser —murmuró el joven, regresando su rostro apenado hacia la banca—. Por favor, no digas nada.

—No me digas, por las prisas olvidaste la maleta.

—Sí.

—¿Dejaste el repuesto en...?

—No.

—¿Ni en los...?

—No.

—Entonces, es posible que también hayas olvidado tu almuerzo —concluyó Layla, cruzándose de brazos, y soltando otro exasperado suspiro.

Sin decir nada, el joven pelicastaño permaneció con la cabeza agachada, viendo de reojo hacia el interior de su mochila, la cual, en efecto, estaba vacía.

—Bueno. En vista de que tampoco traes tu almuerzo, te compartiré del mío, ¿de acuerdo? —dijo Layla, colocando un pequeño recipiente sobre la

banca de Jack.

En ese momento, el pelicastaño levantó su barbilla, y sintió cómo la exquisita fragancia de la comida llegó hasta su nariz, sintiendo como su alma se revitalizaba.

—¿Qué hice para merecerte como amiga, Layla?! —exclamó Jack, agradecido, tomando un poco de comida del recipiente.

—Pues...olvidar tus cosas y tu almuerzo —contestó su amiga, con ironía, dando el primer bocado a su comida—. Aunque, hoy se estrena una película en la plaza, y quisiera ir a verla. Como pago, te tocará comprar las palomitas.

—¡Hecho! —afirmó su amigo.

—Además, creo que también será un buen momento para decirte algo muy importante —comentó Layla, tomando otra porción del recipiente con comida.

—¿Importante? ¿De qué se trata? —preguntó su amigo, con extrañeza.

—No te preocupes, te lo diré más adelante —respondió ella, robándole con picardía el último bocado a su amigo.

—¡Layla! —exclamó Jack, al caer en la travesura de su amiga.

Las lecciones continuaron hasta la noche, y cuando el reloj dio las siete en punto, el timbre de salida sonó. Al ser fin de semana, la mayoría de los alumnos tenían planes para salir. Así como Jack y Layla, quienes se fueron caminando hasta el centro comercial; sin embargo, ninguno de los dos se percató que un misterioso hombre de gabardina café y sutil collar plateado los seguiría durante todo el camino.

—Buah...Estoy cansado —bostezó Jack, estirando sus brazos al aire, mientras caminaba por la calle—. Las clases me dejaron muy exhausto.

—¡Pero si no hiciste nada! —alegó Layla, mirando a su amigo con credulidad—. Hasta el profesor te regañó por no traer tus cosas.

—Lo sé, pero el ver a todos haciendo ejercicio me dejó agotado.

—Hmp. Sí que eres todo un costal de papas.

—Por favor, no hablemos de comida, Lay. Solo estoy esperando llegar al

cine para comer palomitas.

—Te comiste la mayoría de mi almuerzo, ¿y aún tienes hambre? No puedo creerlo.

De pronto, un rugido proveniente del estómago de Jack lo dejó en evidencia.

—Lo siento —dijo el joven pelicastaño, apenado.

—En verdad no tienes remedio, Jack. Déjame ver que tengo en mi mochila.

Dicho eso, Layla buscó entre sus cosas, sacando una bolsa con gomitas y una carta que guardó consigo de forma discreta hasta que llegara el momento de confesarse.

—Toma. Creo que esto podrá calmarte un poco el hambre —dijo Layla, entregándole a Jack la bolsa de golosinas.

—Gracias —le dijo el pelicastaño, abriendo el pequeño paquete—. Por cierto, ¿qué era lo que ibas decirme, Layla?

—¿Eh?! ¿A...a qué te refieres? —expresó su amiga, nerviosa, pensando que Jack la había descubierto.

—Me refiero a lo que mencionaste durante el receso sobre algo importante, ¿o será que ya lo olvidaste?

—N-no, no, no —titubeó su amiga—. La verdad... Es que, yo... —Y viendo la inocente expresión de Jack, quien la miraba fijamente a los ojos, Layla sintió como sus mejillas se ruborizaban.

Desde pequeños, Layla y Jack siempre fueron muy buenos amigos, sin importar que de vez en cuando el pelicastaño sacara de sus casillas a su amiga. Pero, pasara lo que pasara, Jack siempre la trató muy bien a ella, haciendo que Layla empezara a sentir un gran cariño hacia su amigo. Un cariño que no sentiría por nadie más.

—¿Y bien? —repitió Jack, de forma atenta.

Layla estaba a punto de responder; sin embargo, una fuerte corazonada le indicó a Layla que esa noche no sería el momento adecuado para confesarse, por lo que guardaría su secreto para otra ocasión.

—Nada. Ya no recuerdo qué era —respondió Layla, respirando profundo y

resguardando bien la carta que tenía dentro de su chamarra.

—¿Segura? Sabes bien que no te creo, Layla.

—¡Claro que estoy segura! —reprochó su amiga, sin mirarle a los ojos, buscando una rápida salida para no levantar sospechas—. ¿Te parece si entramos de una vez ? Está empezando a hacer algo de frío.

Y justo cuando Jack y Layla se dieron la vuelta, de pronto sintieron una gélida presencia pasar por un lado de ellos, la cual pertenecía al misterioso hombre de gabardina, quien le arrebató la mochila a Layla, y se dirigió con prisa al interior del mismo centro comercial.

—¡Hey! ¡Alto ahí! —exclamó Layla, preocupada, viendo que ya no tenía sus cosas.

—¿Qué pasa, Layla? —preguntó Jack, alertado.

—¡Esa persona tiene mi mochila! Debemos detenerlo —y sin decir más, ella sujetó la mano de Jack, corriendo tras el misterioso ladrón.

Enseguida, ambos jóvenes cruzaron las puertas del centro comercial, encontrando mucha gente caminando por la planta baja. Por suerte, la visión de Layla era muy precisa así que logró ubicar al ladrón en cuestión de segundos.

—¡Ahí está! —exclamó Layla, señalando hacia las escaleras eléctricas.

—Bien, ¡yo voy por él! —indicó Jack, empezando a correr, adelantándose a su amiga.

El hombre de gabardina volteó hacia la entrada, y se percató que el joven pelicastaño pronto lo alcanzaría, por lo que decidió apresurar el paso, esquivando a las personas por las escaleras eléctricas.

Jack, al ver que el misterioso ladrón se escapaba, hizo lo mismo, y llegó hasta el primer piso, quedando a unos cuantos pasos por atrás del ladrón, y tomando un fuerte impulso, el pelicastaño consiguió sujetar una parte de la gabardina; sin embargo, en ese momento, él sintió un atemorizante sensación recorrer su cuerpo, y cuando Jack estaba a punto de reclamarle, una inesperada explosión detonó cerca de ellos, provocando que los dos fueran lanzados por los aires.

—¡Jack! —exclamó Layla, angustiada.

La chica corrió para ayudar a su amigo, pero al pisar el primer escalón de las escaleras, más explosiones empezaron a detonar en diferentes partes del centro comercial, levantándose una feroz ráfaga de polvo y

escombros.

La gente salió despavorida del lugar, e inmediatamente, la policía y el servicio médico recibieron la orden de atender la situación.

En cuestión de segundos, la plaza quedó vacía, y en medio del desastroso escenario, Jack fue recuperando la conciencia. Por desgracia, su cabeza le punzaba, y el ladrón había escapado. Todo era un desastre. No obstante, entre algunos escombros, estaba el collar del ladrón, siendo la única evidencia que tenía de lo ocurrido

Adolorido, Dante guardó el collar consigo, y se levantó para buscar a Layla, pero al asomarse desde el barandal del primer piso, vio que una extraña sombra negra acechaba a su amiga, quien había quedado inconsciente al pie de las escaleras eléctricas.

—¡Layla! —exclamó Jack, bajando con prisa por los escalones, sujetando a su amiga entre sus brazos, y tomando un largo fierro para alejar a la extraña criatura de ella.

Ante los amenazadores ataques de Jack, la enigmática sombra retrocedió, pero no bajó la guardia.

—¿Qué... Qué se supone que eres? —preguntó el pelicastaño, desconcertado, al ser la primera vez que veía algo así.

La sombra no tenía rostro, y tampoco respondió la pregunta; sin embargo, empezó a incrementar su tamaño. En ese momento, las manos de Jack comenzaron a temblar al ver la terrorífica forma que la sombra adquiría. Garras. Colmillos. Todo para listo para atrapar a su presa, y justo cuando la monstruosa sombra se abalanzó sobre Jack para devorarlo, una llamarada de fuego azul se lo impidió.

En ese instante, la sombra gritó con gran estruendo, agitándose de un lado a otro con tal de apagar las llamas, pero al poco tiempo cayó rendida al suelo y se desvaneció al igual que las flamas azules.

—Vaya, no pensé que esto se saliera de control —dijo una misteriosa voz por atrás de los jóvenes.

Alarmado de que pudiera ser el ladrón, Jack volteó enseguida, percatándose de que un hombre encapuchado de larga túnica y símbolos dorados, estaba sentado sobre una pila de escombros a escasos metros de él.

—¿Quién...? ¿Quién eres tú? —musitó Jack, con preocupación.

—¿Yo? —musitó el encapuchado, levantándose de su lugar—. Yo soy Hades, y he venido por el collar que tienes ahí.

Bastantes dudas rondaban por cabeza de Jack, sin mencionar que por las calles cercanas al centro comercial, ya se escuchaban las patrullas y ambulancias aproximarse al lugar, tornando la situación más peligrosa a cada momento. Pero, a pesar del peligro, Jack se aferró al cuerpo de Layla, intentado protegerla y proteger la única pista que tenía sobre el ladrón.

—No te lo entregaré —respondió Jack, apretando con firmeza el pequeño objeto entre sus manos—. ¡No lo haré!

—Lo siento, pero me temo que esa no es una opción —respondió Hades, caminando hacia Jack.

A cada paso que daba el encapuchado, Jack podía sentir como la tensión y el miedo se apoderaban de su cuerpo; sin embargo, el pelicastaño sabía que debía ser valiente para salvar a la persona que más amaba. El collar en cuestión había puesto en peligro la vida de Layla, y es por eso que, sin importar el precio a pagar, ese mismo collar debía salvarlos a los dos.

—¡Espera! —dijo Jack a escasos centímetros de que el encapuchado tomara el objeto en discordia—. Espera, te daré el collar. Pero, por favor, ayuda a mi amiga. Está herida y no reacciona. Si quieres el collar, entonces... ¡Ayúdame a salvarla!

En ese momento, Hades se detuvo, y observó a través de su capucha, el aura del joven pelicastaño, la cual era de un llamativo color blanco que reflejaba el gran ímpetu que tenía por querer salvar a su amiga.

Sin decir nada, Hades quedó sorprendido, ya que desde hace mucho tiempo no se había topado con un aura y carácter similar. Un detalle que ante los ojos de Hades, volvió al pelicastaño un joven bastante interesante.

—Hmm. Al parecer tu amiga está bajo el hechizo *Tempo Reposso*, y no despertará a menos que deshagas la maldición —dijo Hades, revisando a la chica con su magia, y señalando la marca en forma de espinas que se había formando en el cuello de Layla.

—¿Y cómo hago eso? ¿A dónde tengo que ir? Nadie más está por aquí, ¡por favor, ayuda a mi amiga!

—De acuerdo, te ayudaré —respondió Hades, levantando la mirada, mostrando sus flamígeros ojos azules—. Pero a cambio me darás tu vida

con tal de salvarla.

Capítulo 2

Capítulo 2

Trato hecho

¡Hola! Es un gusto verte en este segundo capítulo.

Espero que sea de tu agrado :)

Nos vemos pronto.

La nube de polvo y escombros del centro comercial desapareció por completo, y asegurándose de que nadie más estuviera en el lugar, Hades se quitó la capucha, revelando su madura y bien dotada apariencia. Su cabello era de un tono negro azulino, y su piel clara hacía sobresalir los tatuajes de su mano derecha. Aproximadamente, la edad de Hades rondaba entre los 35 años de edad.

—¿Y bien? —reiteró Hades, esperando la respuesta del joven pelicastaño.

No obstante, antes de que Jack respondiera, las patrullas y ambulancias llegaron por fuera del centro comercial.

—¡Parece que hay más personas dentro! ¡Rápido, revisen el perímetro!
—exclamaron los policías, apresurándose a mover algunos escombros, listos para controlar la situación.

Sin embargo, con un ligero movimiento de manos Hades hizo que los escombros bloquearan la entrada para evitar que la policía accediera al centro comercial.

En ese momento, Jack quedó estupefacto al ver que las rocas se habían movido por voluntad propia, concluyendo que el hombre pelinegro no era una persona común.

El ambiente seguía tenso, pero Jack sabía que debía tomar una decisión. La vida de su amiga corría peligro y los paramédicos tardarían en llegar al interior del lugar. Sin mencionar que Hades podría usar su magia para

impedirles el paso. Por lo que, dando un profundo respiro, Jack abrazó con suavidad el cuerpo de Layla y levantó su mirada llena de total convicción.

—¡Acepto el trato! —respondió Jack.

Al escuchar eso, Hades sonrió complacido al comprobar que sus sospechas eran ciertas. El carácter de Jack era decidido y sincero, al igual que su aura. Sin duda alguna, Jack era alguien interesante.

—Bien. Entonces, ustedes dos vendrán conmigo —comentó Hades, sacando de su túnica un pequeño radio.

—¿Qué es eso? —preguntó Jack, con extrañeza.

—¿Esto? —respondió Hades, mostrándole el pequeño objeto de llamativos detalles—. Es un comunicador que usamos en el mundo espiritual conocido como *Parlers*.

—¿Mundo espiritual?

—Descuida, te lo explicaré más adelante... —Y dicho eso, el hombre pelinegro se colocó el pequeño transmisor cerca de su oreja—. Aquí Hades, necesito refuerzos. Repito. Necesito refuerzos.

—Buenas noches, maestro Hades, ¿cuál es el código que solicita?
—contestó una voz femenina por el transmisor.

—Código Arpía, y... —pausó el hombre, volteando hacia sus nuevos acompañantes—. Y código Cerberus.

—¿Está seguro de los códigos, maestro Hades?

—Afirmativo. Envíen un vehículo con servicio médico. Tenemos una persona herida.

—Como usted ordene, maestro Hades. Envío las coordenadas para la extracción.

—Gracias —concluyó el hombre pelinegro, terminando la comunicación, y extendiendo su mano hacia Jack, para ayudarlo a levantarse.

El joven estiró su brazo derecho, y en cuanto sujetó la mano de Hades, un símbolo en forma de perro se plasmó en la mano de Jack como sello de que el trato estaba hecho.

—Vamos. Tenemos que salir de aquí.

—¡Sí! —afirmó el pelicastaño, sujetando la mano de Hades.

Con delicadeza, Jack cargó a Layla sobre su espalda, y guiado por Hades, ellos escaparon por una salida de emergencia ubicada en la zona de comida rápida, la cual los condujo hacia el techo del centro comercial, donde Jack y Hades esperarían por los refuerzos.

—Entiendo que seas un ser mágico, pero... Pensé que usarías tus poderes para sacarnos de aquí —comentó Jack, resguardando a su amiga del aire frío.

—Eso sería lo más recomendado, pero la estoy reservando por si aparecen *mórtems*.

De nuevo, Hades usaba sus palabras extrañas que Jack no comprendía del todo, pero antes de que el joven pudiera preguntarle sobre eso, el pelicastaño divisó a lo lejos como una carroza tirada por caballos negros de intimidantes ojos rojos y flameante pelaje azul, sobrevolaba los edificios a gran velocidad. A los pocos segundos, los feroces animales se detuvieron frente a Hades.

—Vaya, justo a tiempo, Ofiuco. No hay duda de que eres muy eficiente —expresó el pelinegro, con una amena sonrisa, y relajada actitud.

—Deja de hablar y sube, Hades. Debemos aprovechar que los policías están distraídos —reprochó un sujeto, con un serio tono de voz.

Sentado en la parte delantera de la carroza se encontraba Ofiuco. Un hombre, de la misma edad que Hades, cabello rubio, ojos escarlata, impecable túnica y delgados lentes oscuros. Que a diferencia del pelinegro, Ofiuco era de una personalidad más analítica.

—Vale. No tardaremos —respondió Hades, dirigiéndose a las puertas de la carroza—. Me alegra ver que estás bueno humor, Ofiuco.

Jack siguió al pelinegro hacia la parte posterior de la carroza, sorprendiéndose al ver que en su interior había una larga camilla de sábanas blancas y un equipo médico muy avanzado.

—Con esto podremos mantener estable a tu amiga, pero si quieres salvarla debemos irnos cuanto antes —indicó el Hades, acomodando el cuerpo de Layla sobre la camilla para luego llegar al borde de la carroza y extender su mano hacia Jack—. Sube. Es hora de irnos.

El inicio del día comenzó bastante normal, pero después del incidente ocurrido dentro del centro comercial, Jack sabía que su vida había dado un giro muy drástico. Y ahora, con una misión importante que cumplir, Jack asintió, tomó la mano de Hades y se adentró al interior del vehículo.

Prometiéndose siempre seguir adelante.

Las puertas de la carroza se cerraron de inmediato, y Ofiuco tiró de las correas, ordenando a los caballos que avanzaran hacia el borde del edificio, y justo antes de que los feroces animales chocaran contra la barda del techo, la magia de Ofiuco hizo que la carroza se elevara por completo.

Poco a poco, la carroza se fue alejando de la plaza, dejando atrás el bullicioso sonido de las ambulancias y patrullas. Posteriormente, Ofiuco colocó un hechizo de invisibilidad para evitar ser vistos por la policía, y trazó la ruta más pertinente hacia la organización.

Todo parecía volver a la calma. No obstante, aún preocupado por la delicada condición de Layla, el pelicastaño se acercó a ella para asegurarse de que su respiración se mantuviera constante, pero al momento de hacerlo, Jack notó que había un fino sobre al interior de la chamarra de Layla.

Extrañado, Jack sacó con cuidado el delgado objeto, dándose cuenta que se trataba de una carta. Por un lado, el sobre se encontraba en blanco, pero al darle la vuelta, el sobre tenía escrito el nombre de Jack con una delicada tinta dorada. Fue entonces que el pelicastaño recordó las palabras de Layla durante el receso en la escuela.

—*"Creo que será un buen momento para decirte algo muy importante"*.

Ahora todas las piezas encajaban dentro del tablero.

—Tardaremos un poco en llegar a la organización, así que puedes descansar un poco —comentó Hades, sentándose junto a Jack, viendo que el joven escondía algo bajo su ropa—. ¿Sucede algo?

—Nada, no es nada —respondió Jack, con disimulo—. Al llegar ahí, ¿qué sucederá con Layla y conmigo? ¿Qué hay sobre la maldición?

—Tranquilo. Ella estará bien —respondió Hades, revisando con su magia a la chica—. La maldición Tempo Reposso hace que las personas se mantengan dormidas por un largo tiempo hasta que el sello es removido. Lo único importante es que ella permanezca bajo vigilancia para que ningún *mórtem* se acerque a ella, y se apodere de su cuerpo.

—¿Mor... qué?.

—Bueno, creo que ya es hora de explicarte algunas cosas sobre nuestro mundo —comentó Hades, con un tono amable de voz—. En primer lugar, Ofiuco y yo somos *death reapers*, personas encargadas de recolectar las almas cuando su tiempo en la tierra ha terminado. En otras culturas nos

conocen como *jinetes de la muerte*, *shinigamis*, *parcas*, entre otros nombres. Sin embargo, cuando ciertas almas se niegan a partir debido a los tóxicos apegos, esas almas se convierten en *mórtems*. Seres fríos, de energía oscura, que si no se purifican, pueden aferrarse a las personas vivas e irse alimentando de su aura.

—Comprendo —dijo Jack, prestando atención a las palabras de Hades, pero al recordar que Hades y Ofiuco eran recolectores de almas, hizo que el joven pelicastaño se asustara—. Espera... Si ustedes vienen por las almas, ¿quieres decir que Layla y yo estamos muertos? ¡No puede ser!

Tanto fue el alboroto de Jack que sus gritos se escucharon por afuera de la carroza, haciendo que a Ofiuco se cubriera los oídos. El hombre rubio solía ser muy reservado, al igual que Hades, pero en esa ocasión, el hombre pelinegro se vio en la necesidad de usar su fuerza. Jack al sentir la pesada mano de Hades caer sobre su hombro, se fue sentando lentamente en su lugar.

—Cálmate, por favor —dijo Hades, con una tranquila, pero amenazadora sonrisa—. En realidad, tú no estás del todo muerto. El pago por haber ayudado a tu amiga fue dar tu vida a cambio de la suya, pero tu cuerpo físico no sufrió algún accidente o herida, así que podría decirse que eres un *semi mórtem*. Aunque, esa no es la razón principal por la que estás aquí.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jack, con extrañeza.

—Me refiero a que cuando aceptaste nuestro trato, tu vida pasó a ser parte de nuestra organización, conocida como RECORDER. Una organización que se encarga de mantener el equilibrio entre el cielo y el infierno, la cual nos encomendó detener al desertor del mundo espiritual de nombre Ares, que por lo que sabemos, está involucrado con el collar que tenía el ladrón del centro comercial.

—¡Eso significa que...! —exclamó Jack, abriendo sus ojos con sorpresa.

—Así es. El incidente del centro comercial no fue una coincidencia —afirmó Hades, siguiendo con la explicación—. El collar que tienes en tu mano es conocido por nosotros como *El collar de Lives*. Un objeto muy codiciado en el mundo espiritual, ya que le otorga a su portador la capacidad de abrir y cerrar los portales que usan las almas para ir al más allá. Si esos portales se mantienen cerrados, las almas no podrán cruzar y eso las transformaría en *mórtems*, causando un gran desequilibrio en el mundo humano.

—Ya veo, ¿es por eso que se Layla y yo sentimos un fuerte escalofrío

cuando el supuesto ladrón pasó por un lado de nosotros?

—Esa es una característica de los mórtems. Cuando ellos aparecen, los lugares se vuelven gélidos y las lucen parpadean. Aunque, es muy raro que en ésta ocasión no haya pasado en su totalidad. Lo primordial ahora, es que con esa experiencia, estés preparado para pelear contra espectros y seres de energía oscura.

—Pero yo no tengo magia, o algún poder en particular —alegó Jack.

—Descuida. Nosotros te enseñaremos.

Jack se quedó pensativo por unos momentos, recordando algunas cosas, mientras contemplaba a una adormecida Layla. En las últimas horas, tanto la vida de él como la vida de su amiga habían dado un giro inesperado. Sin mencionar que el abuelo de Jack tenía pocos meses de haber partido de este mundo y la única persona importante que le quedaba al pelicastaño era su amiga Layla. Ella y su abuelo siempre lo habían apoyado. Y ahora, el momento para que Jack hiciera algo por ellos en forma de agradecimiento había llegado. No obstante, antes de que Jack pudiera responder, la carroza empezó a zarandearse de un lado a otro.

—¡Rayos! ¡Nos encontraron! —Quejó Ofiuco, sujetando con fuerza las riendas de los caballos, y esquivando los consecutivos ataques que estaban recibiendo.

—¿Qué... Qué está pasando?! —Exclamó Jack, agarrándose de su asiento.

—¿Recuerdas que te dije el por qué no había usado mi magia antes?
—dijo Hades, levantándose de su lugar, y colocándose al borde de la carroza—, ésta es la razón —y abriendo las puertas de golpe, Hades le dejó ver a Jack que una marea de humo negro estaba persiguiéndolos.

Una ola de mórtems se encontraba al acecho, moviéndose a gran velocidad entre los edificios.

—Bueno —dijo Hades, ajustando su túnica—. Creo que es un buen momento para tu primera lección, ¿joven...?

—¡Jack! Me llamo Jack.

—Está bien, Jack, acércate. Es hora de enseñarte tu primer hechizo.

La carroza seguía moviéndose estrepitosamente, y pisando con cuidado para no caer, Jack se aproximó al borde de las puertas de donde pudo ver a los supuestos mórtem. Seres de aparente figura humana, muy parecidos

a sombras vivientes compuestos de un profundo humo negro.

—¡Haz algo pronto, Hades! No creo que pueda seguir esquivando edificios por mucho tiempo —exclamó Ofiuco.

—Cálma, Ofiuco. Mis caballos están bien entrenados para aguantar largos trayectos —respondió Hades, levantando el mentón por encima de su hombro.

—¡Como si eso fuera suficiente!

—¿Listo, Jack? —preguntó Hades, continuando con la lección.

—S-sí —respondió el joven pelicastaño, dubitativo.

—Lo primero que harás es levantar tu mano derecha. Luego, canalizarás energía hacia esa misma mano, y cuando hayas terminado, la dispararás hacia un objetivo, ¿de acuerdo?

—¿Cómo se supone que haga eso?!

—Cierto. Olvidé que eso es para una persona que nació con magia. Me disculpo por el malentendido —dijo Hades, meditativo—. Siendo ese el caso, puedes empezar por cerrar los ojos y respirar profundo para poder concentrarte. Esa es una de las bases para poder usar la magia y realizar con más precisión los hechizos.

—Lo haces sonar tan fácil —murmuró el joven pelicastaño, con ironía, cerrando los ojos.

Al principio, el Jack dudó de las palabras de Hades, pero al sentir como una extraña energía empezaba a circular hacia su mano, el joven supo que Hades tenía razón; sin embargo, antes de que Jack pudiera terminar su ataque, un mórtem se lanzó hacia el techo de la carroza, desconcentrándolo por completo.

—¡Ahhh! —gritó el pelicastaño, cayendo al suelo desmayado por el susto.

—Bueno, al menos lo intentó —dijo Hades, observando al adormecido joven, y eliminando al mórtem con un ataque de fuego.

—¿Ya te deshiciste de ellos, Hades? Estoy empezando a impacientarme —gruñó Ofiuco, en un tono amenazante.

—Descuida, Ofiuco. Yo me encargo —dijo Hades, cargando el cuerpo del pelicastaño, y colocándolo sobre los asientos a un costado de la camilla—. No hay duda de que eres alguien interesante, joven Jack. Muchos otros hubieran huido, pero tú decidiste continuar, es por eso que decidí

ayudarte. Yo también pasé por lo mismo hace mucho tiempo —y dejando juntos a la pareja de jóvenes, Hades regresó a terminar el asunto pendiente con los enemigos.

Desde arriba, el pelinegro podía ver la oscura marea moverse con agilidad, mostrando la actitud empedernida de los mórtems por querer alcanzarlos. No obstante, eso terminaría pronto.

—**Técnica infernal:**... —pronunció Hades, haciendo una bola de fuego en su mano—, **Cerberus**...

De inmediato, una gran llamarada de fuego azul se extendió rápidamente por los aires, empezando a calcinar a los mórtems. Al instante, Ofiuco detuvo la carroza, y observó cómo las ardientes flamas arrasaban sin piedad con sus enemigos, demostrando que el fuego de Hades era el más poderoso del mundo espiritual, superando por mucho a cualquier otro.

—¿No crees que exageraste un poco, Hades? —dijo Ofiuco, arqueando una ceja.

—Pensé que querías deshacerte de ellos —alegó el pelinegro, mirando a su amigo.

—No importa, déjalo así —respondió el rubio, meneando la cabeza—. Ya casi hemos llegado a la organización, cuida bien de los muchachos, por favor.

—Tranquilo, están en buenas manos.

Después de asegurarse de que no quedó ningún rastro de los mórtems, Hades cerró las puertas de la carroza, y Ofiuco hizo su última maniobra con los caballos.

Lejos de la ciudad, la carroza empezó a sobrevolar las vías del tren, las cuales conducían hacia un ancho y oscuro túnel, donde asegurándose de que el camino estuviera despejado, Ofiuco ordenó a los caballos que descendieran sobre las vías del tren.

—Sigilo personal, por favor —ordenó el transmisor de Ofiuco.

—0-4-2 —dijo el hombre rubio, haciendo un símbolo con su dedo.

—Acceso concedido.

De pronto, se abrió una compuerta secreta que estaba oculta bajo las vías del tren, mostrando el camino hacia la base de la organización Rercoder.

Sin más contratiempos, la carroza se metió por la entrada, llegando en pocos minutos hasta el aparcamiento de la organización. Ahí, otras personas vestidas con la misma túnica que Hades, esperaron a que el vehículo se detuviera por completo, y enseguida, abrieron las puertas para auxiliar a los pasajeros que venían adentro.

—Código Arpía para la chica, y código Cerberus para el chico —ordenó Hades, bajando de la carroza.

Las demás personas acataron la orden y colocaron a la pareja de jóvenes en distintas camillas, separándolos a cada uno por puertas diferentes.

—¿No crees que fuiste demasiado precipitado el traerlos a la organización?
—comentó Ofiuco, llegando junto a su amigo.

—¿Eh? ¿Te refieres a los caballos? Me disculpo si hacen mucho ruido, no quise...

—No, no me refiero a eso —le interrumpió Ofiuco, frunciendo el entrecejo—. Lo que quiero decir es que, si no fuiste muy precipitado al reclutar a ese muchacho.

—Hmmm. Ahora que lo pienso. El chico fue muy valiente al querer ayudar a su amiga, a tal grado que tuvo el coraje de enfrentarse a un peligroso desconocido sin apartarse de ella. La organización necesita más personas como él, quizá por eso decidí reclutarle. El director lo comprenderá mejor.

—Más vale que así sea, porque el director no siempre tolerará todos tus caprichos, Hades.

—Yo no estaría tan seguro —le sonrió el hombre pelinegro, de manera confiada—. El director puede dar el último veredicto, pero él no sabe es que ya encontré el objeto que tanto hemos buscado.

Anonadado, Ofiuco volteó hacia el pelinegro, sin creer lo que había escuchado. Hades asintió en respuesta a las sospechas de su amigo, iniciándose otra conversación entre ellos.

Las cosas parecían recobrar su rumbo; sin embargo, los problemas aún no terminaban, ya que cerca de las vías del tren, una persona vigilaba la entrada secreta de la organización.

—La misión fue todo un éxito, mi señor —dijo una voz por medio del transmisor—. No hay duda de que Hades ya tiene el código en su poder. La organización Recorder ha mordido el anzuelo.

—Espléndido. Dejemos que todo siga con forme lo planeado —respondió el hombre de voz ronca, al otro lado de la línea de comunicación—. Regresa lo más pronto posible, Goroh. Es momento de asignarte la siguiente misión.

—Como usted diga, mi señor. Como usted diga —contestó el secuaz, esbozando una satisfactoria y maliciosa sonrisa, terminando la comunicación.

Capítulo 3

Capítulo 3

Un nuevo lugar

Es un placer verte de nuevo :)

Espero que el capítulo sea de tu agrado.

— *Jack...* —llamaba una voz en la oscuridad—. *Jack...*

—¿Layla? —respondió el pelicastaño.

La falta de luz y el profundo eco demostraban que Jack se encontraba dentro de un sueño; sin embargo, ese mismo sueño revivió el momento de la explosión, cambiando el entorno por completo. Escombros. Humo. Tensión. Todo parecía volverse real otra vez.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? —dijo el pelicastaño, caminando de nuevo por el lugar, llegando a la zona de comida, dándose cuenta de que estaba completamente sólo.

El lugar estaba en silencio y no se escuchaba ni una patrulla o ambulancia al exterior. Tampoco había rastro de Hades, ni de su amiga Layla, hasta que de pronto, una fría corriente de aire sopló a espaldas de Jack, haciendo que él volteara y se percatara de que el misterio ladrón, estaba tratando de huir de nuevo, corriendo por la zona de comida.

—¡Alto ahí! ¡No escaparás esta vez! —exclamó Jack, siguiendo tras el intruso entre las mesas.

El grito del pelicastaño fue tan alto que llamó la atención del enigmático ladrón, y justo antes de que Dante pudiera alcanzarle, la misteriosa persona cruzó por la salida de emergencia.

—¡Detente! —gritó Jack, traspasando las puertas de golpe.

En ese momento, una fuerte luz blanca lo cegó por completo, haciendo que el joven abriera los ojos y volviera en sí, despertándose de aquel incómodo sueño.

—¡Alto! —dijo Jack, reincorporándose de golpe, con la respiración agitada.

—¿Ya ves? Te dije que pronto despertaría, Atwood —dijo Hades, sentado en un pequeño sillón azul, cerca de la camilla.

—Yo aún cuestiono sus métodos, maestro Hades —objetó el hombre a su derecha, arqueando una ceja.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que el muchacho bien.

Extrañado y confundido, Jack se reincorporó en la camilla, observando de forma más calmada la habitación donde se encontraba. El pelicastaño estaba en la enfermería en compañía de Hades y una persona de saco, zapatos bien lustrados, lentes y cabello corto, quién respondía al nombre de Atwood.

—Pero, ¿qué pasó? —dijo Jack, sobando su frente—. ¿Dónde estoy? ¿Y por qué siento que me pasó un tren por encima?

—Bueno, la verdad es que el maestro Hades...

—...Digamos que los doctores tuvieron que operarte de emergencia —concluyó el hombre pelinegro.

—¿Qué tuvieron que hacer qué?! —exclamó Jack, abriendo sus ojos con sorpresa, empezando a revisarse todo el cuerpo—. ¡No puede ser! ¿De verdad estoy completo? ¿Cómo pasó? ¿Dónde está la cicatriz?

—Ja, ja, ja. Es una broma. No tienes por qué preocuparte, Jack. Digamos que sólo fue una ardua revisión médica. Ahora tú y amiga están en buenas manos.

—¿Layla? ¿Dónde está Layla? ¿Cómo se encuentra ella? —preguntó el pelicastaño, queriendo levantarse de la camilla.

—Tranquilo, joven Jack. Ella se encuentra bien —respondió Atwood, con una amable sonrisa, deteniendo al joven antes de que se levantara—. Hace poco los *Angelus* nos informaron que la condición de la señorita Layla es favorable, y estará bajo su cuidado. Así que cuando usted termine su recuperación podrá ir a verla.

Con esas palabras, Jack se detuvo, sintiéndose más calmado al saber que

Layla ya se encontraba a salvo y fuera de peligro.

—De... De acuerdo —accedió el pelicastaño, soltando un aliviado suspiro, y regresando a la camilla—. Pero, por favor, ya no me hablen con esas palabras tan extrañas. No entiendo de lo que están hablando.

Y justo cuando Hades estaba a punto de responder, una persona tocó a la puerta.

—Pase —dijo el pelinegro, viendo como una mujer, de elegante túnica blanca, entraba a la habitación.

—Les agradecería que dejaran de molestar a los pacientes. Por órdenes de la doctora, ellos deben descansar con total tranquilidad —comentó la mujer de larga y abundante cabellera negra, compasivos ojos color ámbar, y de personalidad atenta, sensata y responsable.

—Vaya, pero si eres tú, mi querida Helena —Le sonrió Hades, con ameno—. ¿Qué acaso no te alegras de verme a mí también?

—Sólo vengo a ver a los pacientes, Hades. Ni te ilusiones —respondió la mujer, pasando por un lado del pelinegro, quedando frente a la camilla.

—Joven Jack, permítame presentarle a una de las mejores *Angelus* de la organización, la querida maestra Helena —comentó Atwood, haciendo una pequeña reverencia—. En el mundo espiritual, los *Angelus* son muy respetados, al ser los custodios de las puertas celestiales. Nadie más con excepción de ellos puede acercarse a ese lugar.

Los *Angelus*, al igual que los *death reapers*, son guiados por los demás dioses, en este caso, los dioses de la vida y de la luz. Ellos cuidan de las almas en el más allá, y de vez en cuando, si se trata de una ocasión especial, ellos les permiten a las almas comunicarse con sus seres queridos a través de sueños o les conceden una visita corta bajo su vigilancia. Si en algún momento ellos encuentran cierta anomalía, se lo hacen saber a los *death reapers* como el maestro Hades para que se encarguen de ello. Ambos parecen trabajos completamente diferentes, pero los dos velan por el cuidado de las almas.

En este caso, la maestra Helena era el *Angelus* de la Diosa Atena, quien le brindaba sus poderes de curación y de la guerra.

—No era necesaria la cordial presentación, estimado Atwood —comentó la mujer en un tono más amable—. Tú debes ser Jack, ¿no es así? ¿Cómo te encuentras? ¿Ya te sientes mejor?

—S-si...Me siento bien. Gracias.

—Me alegra escuchar eso —respondió la mujer, revisando las anotaciones médicas—. Con la información que tengo aquí, es muy probable que recuperes tu condición física en un par de días. Aunque, eso pudo haber sido más pronto, si “alguien” no te hubiera enfrentado contra una oleada de mórtems —y con una mirada fulminante, Helena volteó hacia Hades.

—¿Eh?¿Lo dices por mí, querida Helena?

—¡Claro que lo digo por ti, Hades! Los altos mandos están muy enojados, y por lo que escuché, ellos querrán hablar contigo. Así que será mejor que vayas preparando tus disculpas.

—Está bien. Está bien. Me disculparé, sólo porque tú me lo pides —pausó Hades, levantándose del sillón—. Sin embargo, lo que me gustaría saber es si el muchacho estará listo para la prueba de Recorder.

La habitación quedó en silencio por unos segundos, hasta que Atwood y Jack cayeron en cuenta de lo que Hades había dicho.

—¿Qué?! —exclamaron el hombre de lentes y el pelicastaño, bastante sorprendidos.

—¡El muchacho apenas sobrevivió a su primer ataque de mórtems, ¿y ahora quieres mandarlo a pelear en las pruebas de Recorder?! No creo que sea lo más pertinente, Hades —cuestionó Helena.

—Yo lo veo formidable, ¿o tú que dices, Jack? ¿Estás listo para lo que sigue?

Sin embargo, antes de que el pelicastaño pudiera responder, Helena se interpuso frente al pelinegro, quien era un poco más alto que ella.

—No permitiré que lo persuadas de esa manera, Hades —señaló Helena, frunciendo el ceño—. Si por alguna razón me entero de que el joven Jack dejó la enfermería antes de tiempo, te las verás conmigo —y emanando un poco de su poder, Helena hizo que la habitación empezara a temblar.

Los maestros sostuvieron sus miradas entre ellos, sintiéndose una tensa lucha de voluntades, y antes de que la mano de Helena pudiera tocar al pelinegro, Hades la detuvo rápidamente.

—No quiero pelear contigo, mi querida Helena —dijo Hades, con un serio y respetuoso tono de voz—. Entiendo que el joven Jack debe recuperarse, pero la prueba de Recorder es una vez al año, y no quisiera perder esta oportunidad. Si me dices cuando el muchacho podrá salir de aquí, yo

cumpliré las condiciones que me indiques. Lo prometo.

Helena no respondió, y desde sus lugares, Atwood y Jack miraron temerosos como ambos maestros forcejearon por unos instantes, hasta que, de forma más calmada, Helena apartó su mano de Hades, reservó su poder, y miró a Jack en espera de su respuesta.

—¿Estás de acuerdo con la propuesta de Hades, joven Jack? —preguntó Helena.

—Aún siento el cuerpo adolorido, pero estoy dispuesto a continuar. No se preocupe, estaré bien.

Hades, al escuchar el veredicto final de Jack, sonrió de manera confiada, ya que, Helena, al ser una Angelus, no se podía oponer ante la decisión de un alma sincera como la del pelicastaño. Por lo que Hades había anotado un punto a su favor.

—Parece que Jack ha tomado una decisión, así que... ¿cuáles son tus condiciones, mi querida Helena? —dijo Hades, en un tono pretencioso, casi burlón.

—¡Hmp! Odio tus tramposos trucos, Hades —respondió Helena, encaminándose a la puerta—. El joven Jack será dado de alta dentro en los próximos dos días, y la única condición es que le instruyas bien sobre el mundo espiritual. No quisiera ver que estuviera de nuevo en la enfermería por tu culpa, ¿de acuerdo?

—Como tú digas, mi querida Helena —concluyó Hades, haciendo una ligera reverencia, escuchando la puerta cerrarse—. Bien. Ahora que la policía celestial se ha ido, podremos hablar con más calma sobre tu próximo desempeño en la prueba de Recorder, joven Jack.

Capítulo 4

Capítulo 4

La prueba de *Recorder*

Hola! Un placer verte en este nuevo capítulo :)

Espero que sea de tu agrado.

—No creo que sea lo correcto hacer enojar a la maestra Helena —comentó Atwood, temeroso, viendo al maestro sentarse en la orilla del sillón—. Recuerde la última vez qué sucedió con...

—Lo sé, pero este asunto es más importante —respondió Hades, manteniendo su recta postura.

—Hmm —musitó Atwood, torciendo la boca—. Siendo ese el caso, será bajo su responsabilidad y propio riesgo, maestro Hades

—¿Por qué debería ser bajo su propio riesgo? ¿De qué prueba están hablando? —preguntó Jack, mirando con intriga a sus acompañantes.

—Pues, verás... —dijo Hades, iniciando con la explicación—. Ahora que has decidido entrar a la organización, serás entrenado para convertirte en Death Reaper en toda la expresión de la palabra, por lo que deberás pasar por la prueba de Recorder. Una prueba de alto valor espiritual, que se realiza en equipos conformados por tres personas, donde al final, los candidatos seleccionados por un dios de la vida, o de la muerte, reciben una marca llamada *Zegur*. Una marca que le otorga al dueño el poder y las armas de dicha deidad. Cabe mencionar que el *Zegur* es nuestro sello personal, no existe uno igual que otro.

En ese momento, Hades remangó la manga de su mano izquierda, mostrando su marca que representaba a la perfección el fuego y el poder del dios del inframundo griego, Hades.



—Como sabrá, joven Jack —agregó Atwood—. Los mórtem son almas que se han corrompido al mundo terrenal por sus apegos, y para que un mórtem sea purificado, debe ser tocado por el arma de un reaper, y para ello es necesario tener un Zegur.

—Voy comprendiendo lo que dicen, pero si ustedes cuentan con armas, ¿por qué usas hechizos de fuego?

—Podría decirse que son más prácticos y rápidos, aunque únicamente son de índole defensivo. El fuego no elimina del todo a los mórtems, sólo los retiene un momento. La manera más efectiva es usar las Zegurs, además... —dijo Hades, levantando su dedo índice con una pequeña flama azul—. Si hubiera usado mí arma, su poder hubiera llamado más la atención de personas que no conviene mencionar en este momento. Cuando pases la prueba y obtengas tus armas, te será más fácil obtener información sobre la maldición que atormenta a tu amiga. Así que espero que estés listo para lo que viene.

—Con tal de salvar a Layla, ilo haré! Lo único que me pregunto ahora es, ¿de dónde sacaremos a los demás integrantes del equipo? Si sólo estoy yo.

—No te preocupes, ya me ocuparé de eso —dijo Hades, levantándose del sillón—. Por ahora, descansa. Mañana seguiremos hablando. Buenas noches.

Dicho eso, el pelinegro se retiró de la habitación, y al poco tiempo, Atwood hizo lo mismo.

—Yo también me retiro, joven Jack. Tengo que terminar algunos pendientes. Si necesita algo, puede sonar la campana que tiene sobre la mesita junto a la camilla, y una persona vendrá para atenderlo.

—Gracias.

Atwood se despidió, dejando a Jack completamente solo.

Las luces de la habitación se atenuaron para que el joven pudiera descansar; sin embargo, Jack estuvo observando su nuevo tatuaje por un largo rato, sin sentir nada de sueño en lo absoluto. El pelicastaño no sabía si era por su nueva condición de ser un *semi mórtem*, o por los nervios que le ocasionaba la prueba a enfrentar. Cualquiera de las dos opciones parecía ser la correcta. No obstante, al girar sobre la cama hacia su lado derecho, Jack escuchó algo crujir entre su ropa, y al inspeccionarse, se percató que se trataba de la carta de Layla.

En ese momento, Jack sintió un nudo en la garganta y tornó su mirada llena de melancolía. Tal vez, aún no podía ver a su amiga, pero al tener su carta cerca de él, era como si Layla siempre lo hubiera acompañado, y no abriría la carta hasta que ella se la entregara personalmente.

El joven cerró los ojos, suavizó su respiración, y poco a poco se quedó dormido.